

La confesión de *Javier Sicilia* Asumir la desdicha

Ignacio Solares

Toda novela esconde materiales que delatan los fondos más secretos de la personalidad de su autor. A este desenmascaramiento del creador en el acto de inventar debe la mejor literatura su perennidad, porque los demonios inconscientes que acosan a los seres humanos —y muy especialmente a los artistas— suelen ser más perdurables e interesantes que los accidentes triviales y racionales de su vida cotidiana. Por eso, toda verdadera novela pretende hechizar al lector más que convencerlo de algo, de cualquier cosa, de una idea, de un dogma: porque en realidad lo que quiere es enajenarlo —robarle su identidad por un momento—, abstraerlo del mundo real y sumirlo en el sueño y la ilusión. El novelista llega a la inteligencia del lector sólo después de haberle inoculado la vitalidad artificial de su universo imaginario y haberlo hecho

vivir en el paréntesis mágico de la literatura.

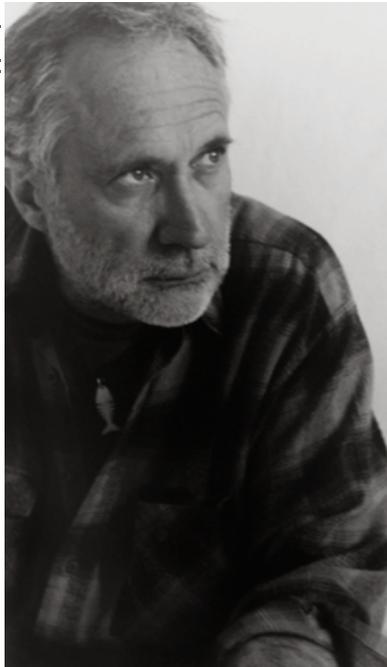
Así, lo que mueve nuestra simpatía por Esteban Martorus, el sacerdote protagonista de *La confesión*, de Javier Sicilia, no son tanto sus creencias o sus razones: es su humanidad misma y una suerte de esperanza que lo trascienden tanto a él como a sus ideas, y que están implícitas en su vida y en su ministerio, por más fracasos que haya experimentado. En su soledad e indefensión representa, no tanto al típico sacerdote prejuicioso y dogmático, sino al individuo angustiado, confuso, además inerme frente a la fuerza institucionalizada, implacable, de su iglesia. Comparta el lector o no su creencia en el otro mundo o su inevitable adhesión a Roma, el sacerdote Esteban Martorus conmueve porque es como la frágil llama de una vela luchando desesperadamente por evitar que la apaguen los vientos de la desilusión y la

desesperanza en los que está inmerso. Por ello, Martorus encarna aquella dimensión de lo humano, tan plenamente humano, que bajo el nombre de religión o de filosofía ha sabido oponerse a la barbarie y al horror de la historia (Historia) para resistir al sufrimiento y la injusticia. Sin esa convicción espiritual en *algo más*—aunque apenas sea visible en el horizonte— que alienta en Martorus, todo hubiera sido siempre peor, y eso le confiere una grandeza moral que no disminuiría un ápice si su credo particular fuera falso o su creencia en una justicia póstuma una quimera. Como dijo Lamartine comentando *Los miserables* de Víctor Hugo, lo peor que puede sucederle a un individuo es contraer la “pasión por lo imposible”. “Amar lo imposible” forma parte de la naturaleza del hombre, ser trágico a quien han sido dadas la imaginación y la esperanza, que lo

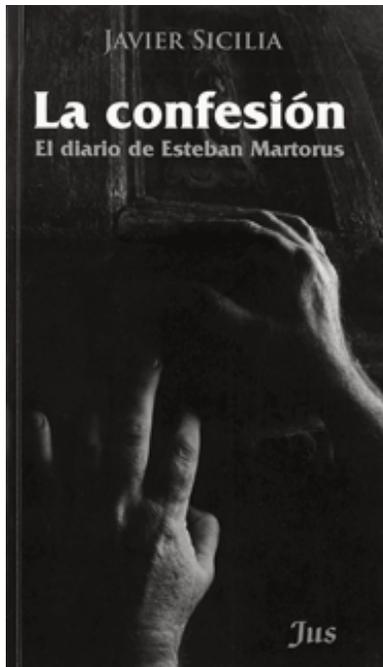


Javier Sicilia, estudio fotográfico de Isolda Osorio





Javier Sicilia



inducirán siempre a querer romper los límites y alcanzar aquello que no es y que no tiene.

Como parte de su vía crucis, Esteban Martorus es enviado a administrar la parroquia de San Nicolás Tolentino, en el poblado de Ahuetepec, en el estado de Morelos, zona rural enclavada en su más lúgubre miseria. Éste es el retrato de Martorus: “Ajeno a la jerarquía y a una carrera eclesial, visto como un espíritu inclasificable. Lejos de los predicadores de moda, deseosos de protagonismo y de éxitos mundanos, incapaces de entender el sentido de la pobreza evangélica... dispuesto más a vivir en la intemperie de su libertad y en el riesgo de su alma, que sometido a la asfixia de las burocracias clericales”.

Martorus es un hombre que no tiene respuestas, que lo único que pretende es “tratar de mantenerse en el umbral: a veces me pregunto si hay manera de abordar los infinitos pasadizos del alma humana que el mundo moderno ha revelado más intrincados y complejos de lo que imaginábamos”.

Angustiado y confuso al hacerse cargo de su primera iglesia, la cual asumía por indicaciones del cardenal de la Ciudad de México—como un favor al obispo de Cuernavaca ante la falta de clero—, comienza a involucrarse con su feligresía, afligida por la pobreza y la venta de tierras. “Quizá nuestra tarea sea hoy prepararlos para asumir la desdicha..., quizá sea sólo aguardarlos en el umbral para ir con ellos hasta el fin”, dice, en una frase que resume en buena medida al libro mismo.

En su diario —muy a la manera del *Diario de un cura rural* de Bernanos— narra el enjambre de encuentros y desencuentros que develan su afán por hacer del dolor de sus semejantes una afirmación espiritual, un camino que abra otros caminos de asunción y de humildad. No hay experiencia más plenamente cristiana que la del hombre que asume el dolor de su prójimo como suyo. Es de esta manera que Martorus se enfrenta a los “pequeños” abusos de Ricardo Gómez, un filósofo venido a menos, homosexual y pederasta, abandonado por su familia. O con el inefable drama que vive la pequeña Ángeles, devota catequista de la parroquia. Pero no menos debe enfrentar la dolorosa ternura y pasión de Luz, mujer agobiada por la muerte de su hijo y la soledad de su matrimonio. O su inminente fracaso al acercarse a los jóvenes del pueblo para así revertir los síntomas tempranos de una descomposición moral cada vez más evidente. Pero dentro de esta tenaz inclemencia para el religioso, resplandece la guía espiritual de la abadesa Benedicta y el aliento que le genera su amistad... con el escritor Javier Sicilia, con quien habla sin ambages.

Se trata de episodios que casi en cualquier otro “escritor católico” estimularían la efusión retórica y la sobrecarga emocional. Aquí, la bella prosa (hay que recordar que Sicilia es ante todo un poeta) los ha “enfriado”, por decirlo así, infundiéndoles una categoría plástica y privándolos de cualquier indicio de autocompasión y del menor chantaje emocional al lector. Lo que entrañan esas escenas de confusión y desvarío desaparece por obra de una prosa audaz, de un texto claro, limpio y exacto.

Una buena novela, hecha más de pre-

Martorus encarna aquella dimensión de lo humano que bajo el nombre de religión o de filosofía ha sabido oponerse a la barbarie y al horror de la historia.